

Se ha apuntado en cierta ocasión en contra mía que sólo configuro lo pequeño y que mis personajes son siempre gente común. Si eso es verdad, hoy estoy en situación de ofrecer a los lectores cosas aún más pequeñas e insignificantes, a saber, todo género de entretenimientos para mentes jóvenes. Ni siquiera se predicará en ellos la virtud y la moral, como es habitual, sino que surtirán efecto por lo que son. Si hay en mí algo noble y bueno, aparecerá por sí solo en mis libros; pero si eso no está en mi naturaleza, inútilmente me esforzaré en presentar algo bello y sublime, pues siempre se traslucirá lo bajo e innoble. En mis obras nunca he tenido la intención de configurar cosas grandes o pequeñas; son muy distintas las leyes por las que me he regido. El arte es para mí algo tan elevado y noble (es para mí en la tierra, como ya he dicho en otro lugar, lo más excelso después de la religión) que nunca he pensado ni jamás me atreveré a pensar que mis escritos sean obras poéticas. Poetas hay muy pocos en el mundo, ellos son los sumos sacerdotes, los benefactores del género humano; pero falsos profetas

los hay en gran número. Sin embargo, aunque no todas las palabras habladas pueden ser poesía, sí pueden ser algo distinto que no carece totalmente del derecho a la existencia. Ofrecer una hora de recreo a amigos con los que se está en buena armonía, enviar un saludo a todos, conocidos y desconocidos, y contribuir con un granito de algo bueno a la edificación de lo eterno: ésa ha sido, y seguirá siendo, la finalidad de mis escritos. Sería muy feliz si supiera con certeza que sólo he logrado ese propósito. Pero como ya estamos hablando de lo grande y lo pequeño, voy a exponer mis opiniones, que probablemente divergen de las de muchas otras personas. Considero grande el soplo del viento, el murmullo del agua, el crecimiento de los cereales, la ondulación del mar, el verdor de la tierra, el brillo del cielo, el resplandor de las estrellas; la tormenta que se acerca grandiosa, el rayo que hiende las casas, la tempestad que agita las olas, el monte que escupe fuego, el terremoto que sepulta comarcas: todo esto no lo tengo por más grande que los fenómenos anteriores, lo tengo incluso por más pequeño, ya que sólo es fruto de leyes superiores. Se producen en distintos lugares y resultan de causas parciales. La fuerza que hace subir y rebosar la leche en el recipiente de la pobre mujer es la misma que impulsa hacia arriba la lava de la montaña que escupe fuego y la hace descender por las laderas de los montes. Esos fenómenos son sólo más llamativos, y atraen más la mirada del no entendido, del no atento,

mientras que el ingenio del investigador se dirige sobre todo a lo general y total, y sólo en ello es capaz de ver algo grandioso porque es lo único que sostiene el mundo. Los detalles pasan y sus efectos apenas son reconocibles al poco tiempo. Vamos a ilustrar lo dicho con un ejemplo. Si un hombre observase a diario y a una hora determinada la aguja magnética, una de cuyas puntas siempre señala hacia el norte, y escribiera en un libro los cambios observados, a saber, cómo la aguja señala al norte a veces con más a veces con menos claridad, seguramente un lego en la materia tendría esa actividad por algo ínfimo, por una niñería; pero cuán digna de respeto se torna esa pequeñez y qué entusiasmo produce esa niñería cuando descubrimos que tales observaciones se llevan a cabo realmente en toda la superficie terrestre y que la totalidad de esas consignaciones indican a menudo que muchos pequeños cambios de la aguja magnética se dan al mismo tiempo y en la misma medida en todos los puntos de la tierra, que, por tanto, cae sobre toda la tierra una tempestad magnética, que toda la superficie terrestre experimenta al mismo tiempo, por decirlo así, una sacudida magnética. Si lo mismo que tenemos ojos para la luz tuviéramos un órgano de los sentidos para la electricidad y para el magnetismo producido por ella, qué gran universo, qué profusión de fenómenos inconmensurables se abriría ante nosotros. Pero aunque carecemos de esos ojos físicos, tenemos en cambio los espirituales de la cien-

cia, y ésta nos enseña que la energía eléctrica y magnética actúa en un escenario inmenso, que está repartida por toda la tierra y por todo el cielo, que fluye alrededor de todo y que se presenta suave e incesantemente configurando y generando vida. El rayo es sólo una minúscula señal de esa energía, y ésta, sin embargo, es algo grande en la naturaleza. Pero como la ciencia sólo consigue un granito tras otro, sólo hace una observación tras otra, sólo reúne lo general partiendo de lo particular, y como, finalmente, la masa de los fenómenos y el campo de lo existente es infinitamente grande, Dios, por tanto, ha hecho inagotable la alegría y la felicidad de la investigación, y nosotros en nuestros talleres sólo podemos siempre representar lo particular, nunca lo general, porque eso sería la creación: así también la historia de lo grande en la naturaleza ha consistido en un cambio continuo de las opiniones sobre lo grande. Cuando el género humano estaba en la infancia y sus ojos espirituales aún no tenían contacto con la ciencia, se dejaba impresionar por lo cercano y llamativo y se llenaba de temor y admiración; pero cuando se le reveló su sentido, cuando la mirada empezó a dirigirse al nexo causal, los distintos fenómenos fueron descendiendo cada vez más y la ley fue elevándose cada vez a mayor altura, las maravillas cesaron, el prodigio aumentó.

Lo que ocurre en la naturaleza exterior ocurre también en la interior, en la del género humano. Toda una vida llena de justicia, sencillez, supera-

ción de sí mismo, sensatez, eficiencia en la propia esfera, admiración de lo bello unido a una muerte serena y sosegada: todo esto lo considero grande; los poderosos movimientos del ánimo, la cólera que se descarga pavorosamente, el deseo de venganza, el espíritu fogoso ávido de actividad, que derriba, cambia, destruye y que en su exaltación a menudo acaba con la propia vida: eso no lo tengo por más grande sino por más pequeño, ya que esas cosas no son sino productos de fuerzas distintas y unilaterales, como las tempestades, los montes que escupen fuego, los terremotos. Vamos a tratar de contemplar la suave ley por la que se rige el género humano. Hay fuerzas que tienden a hacer subsistir al individuo. Toman y utilizan todo lo necesario para su subsistencia y su desarrollo. Aseguran la existencia de uno y, con ello, la de todos. Pero si alguien se apodera sin miramientos de cada cosa que necesita su naturaleza, si destruye las condiciones de existencia de otro, entonces algo superior se rebela en nosotros, ayudamos al débil y oprimido, restablecemos la situación en la que él es un ser humano que existe al lado de otro y que también recorre su trayectoria humana, y cuando hemos hecho esto nos sentimos satisfechos, nos sentimos más elevados y con sentimientos más profundos que como individuos aislados, nos sentimos como parte de la humanidad. Por eso hay fuerzas que actúan para la subsistencia de toda la humanidad, que no deben verse limitadas por las fuerzas particulares, ac-

tuando, al contrario, de modo que limiten a éstas. La ley de esas fuerzas es la ley de la justicia, la ley de la moral, la ley que quiere que cada cual siga existiendo al lado del otro, respetado, honrado, libre de peligros, que pueda recorrer su superior trayectoria humana, se gane el amor y la admiración de sus semejantes, que se vea protegido como un tesoro, lo mismo que cada ser humano es un tesoro para todos los demás hombres. Esa ley existe dondequiera que habiten seres humanos unos junto a otros, y se pone de manifiesto cuando los seres humanos actúan unos contra otros. Está en el amor mutuo de los esposos, en el amor de los padres a los hijos, de los hijos a los padres, en el mutuo amor de los hermanos, de los amigos, en la dulce inclinación de ambos sexos, en la laboriosidad que nos mantiene, en la actividad con la que se actúa para el círculo propio, para el más lejano, para la humanidad, y finalmente en el orden y la forma con que sociedades y Estados enteros configuran su existencia y la llevan a término. Por eso poetas antiguos y modernos han utilizado con frecuencia esos temas para confiar sus composiciones al sentir común de generaciones cercanas y lejanas. Por eso el antropólogo, dondequiera que pone el pie, sólo ve por doquier esa ley, porque es lo único general, lo único que sustenta y que nunca se acaba. Lo ve en la más humilde choza igual que en el más excelso palacio, lo ve en la abnegación de una pobre mujer y en el sereno desprecio de la muerte del héroe que se

inmola por la patria y por la humanidad. En el género humano ha habido movimientos que han infundido en las almas una tendencia hacia una meta determinada, y por ello épocas enteras han adquirido a la larga otra configuración. Si en esos movimientos se percibe esa ley de la justicia y la moral, si ella los ha iniciado y continuado, nos sentimos elevados en la humanidad entera, nos sentimos inmersos en la comunidad humana, experimentamos lo sublime que se deposita por doquier en el alma, donde fuerzas inconmensurablemente grandes en el tiempo o en el espacio se unen para formar una totalidad configurada y racional. Pero si en esos movimientos no es visible la ley del derecho y la moral, si compiten con fines unilaterales y egoístas, entonces el explorador del alma humana se aparta de ellos con repugnancia, por poderosos y terribles que sean, y los contempla como algo pequeño e indigno del hombre. La fuerza de esa ley del derecho y la moral es tan grande que en todas partes donde se la ha combatido siempre ha salido finalmente del combate vencedora y magnífica. Sí, cuando incluso el individuo o generaciones enteras se han extinguido luchando por el derecho y la moral, nosotros no los sentimos vencidos, los sentimos triunfantes, en nuestra compasión se mezcla un júbilo y un embeleso porque el todo está por encima de la parte, porque el bien es más grande que la muerte, decimos entonces que percibimos lo trágico y nos elevamos temblorosos al éter más puro de la ley moral. Si

vemos a la humanidad en la historia como un tranquilo río plateado que se acerca a una meta grande y eterna, percibimos lo sublime, lo eminentemente épico. Pero por muy poderoso y enérgico que sea el efecto de lo trágico y lo épico, por excelentes que sean también como palancas en el campo del arte, siempre es sobre todo en esas obras humanas habituales, cotidianas y continuamente repetidas, donde esta ley descansa con máxima seguridad como centro de gravedad, porque tales obras son las duraderas, las fundamentales, por decirlo así, los millones de raicillas del árbol de la vida. Así como en la naturaleza las leyes generales actúan silenciosa e incesantemente, y lo llamativo es sólo una única expresión de esa ley, así también la ley moral, silenciosa y vivificante, actúa a través del inagotable tráfico de los seres humanos entre sí, y los milagros del momento en los hechos que acontecen son sólo pequeños rasgos característicos de esa fuerza general. Así, del mismo modo que la ley natural es la que sustenta el mundo, esta ley es la que sustenta al hombre.

Lo mismo que en la historia de la naturaleza han cambiado constantemente las opiniones sobre lo grande, así ha ocurrido también en la historia moral de los hombres. Al principio les causaba impresión lo más cercano, se ensalzaba la fuerza física y sus victorias en la lucha cuerpo a cuerpo, luego vinieron la valentía y el ardor guerrero que apuntaban a expresar y desarrollar violentos afectos y sensaciones contra huestes y coaliciones enemigas, después



se ensalzaba la superioridad racial y el poderío familiar, entretanto también se celebraba la belleza y el amor así como la amistad y la abnegación, pero luego apareció una visión general de algo más grande: se puso orden en completas secciones y condiciones humanas, se unificó el derecho de la totalidad con el de las partes, y se alabó y ensalzó la magnanimidad con el enemigo y la represión de los propios sentimientos y pasiones en favor de la justicia, del mismo modo que ya para los antiguos la moderación pasaba por ser la primera virtud masculina; y finalmente se consideró deseable que un lazo vinculara a los pueblos, un lazo que intercambiara todos los talentos de un pueblo con los de otro, que promoviera la ciencia, que ofreciera los tesoros de ésta a todos los hombres y que en el arte y en la religión llevara sencillamente a lo elevado y sublime.

Tal como ocurre con el ascenso del género humano, ocurre también con su declive. Los pueblos que se extinguen pierden primero la medida. Persiguen lo particular, no mirando más lejos se arrojan sobre lo limitado e insignificante, prefieren lo limitado a lo universal; buscan luego el placer y lo sensual, buscan satisfacer su odio y su envidia del vecino, en su arte se describe sólo desde un punto de vista lo unilateral, lo válido, luego lo incoherente, discorde, extravagante, finalmente lo estimulante para los sentidos, lo excitante, y por último la inmoralidad y el vicio; en la religión lo interior decae

hasta convertirse en pura forma o en exuberancia y exaltación, la diferencia entre el bien y el mal se pierde, el individuo desprecia la totalidad y se entrega a su placer y perdición, y así el pueblo pasa a ser presa de su confusión interior o de un enemigo exterior más brutal y poderoso.

Como en este prefacio me he extendido tanto en mis opiniones sobre lo grande y lo pequeño, permítaseme decir también que he hecho el esfuerzo de recoger ciertas experiencias de la historia del género humano y que he reunido en ensayos poéticos distintos elementos de esas experiencias; pero las opiniones que acabo de exponer y todo lo que he vivido en los últimos años me han enseñado a desconfiar de mis fuerzas, por eso que queden tranquilamente descansando esos ensayos hasta que estén más perfeccionados o queden eliminados por su poca importancia.

Pero quienes me han seguido a través de este prefacio, en modo alguno adecuado para jóvenes oyentes, tal vez no se nieguen a disfrutar de los productos de fuerzas más modestas y pasen conmigo a las cosas ingenuas que aquí siguen.

En el otoño de 1852.

ADALBERT STIFTER